

«... sí, el de la calle: es lo único que nos va quedando, nombres de calles...» (p. 89).

«Papeles, nombres de calles. Es lo único que nos va quedando. Hernandarias es antepasado de los Acevedo. En 1550 hizo la expedición en busca de la Ciudad Encantada.

*Ahí está Buenos Aires. El tiempo que a los hombres
trae el amor o el oro, a mí apenas me deja
esta rosa apagada, esta vana madeja
de calles que repiten los pretéritos nombres
de mi sangre: Laprida, Cabrera, Soler, Suárez...
Nombres en que retumban ya secretas las dianas,
las repúblicas, los caballos y las mañanas,
las felices victorias, las muertes militares... (7)*

Alejandra, Quique, Borges, los tres reiteran la conciencia de pertenecer a una clase oligárquica cuyos nombres persisten en los de ciertas calles de la ciudad. Quique, de modo irónico y apelando a su conocida ambigüedad (que no por eso deja de señalar esa conciencia de formar parte del grupo); Alejandra, con cierta tristeza; Borges, con elocuencia de oda clásica y orgullo de casta. Todos se sienten identificados en este sentimiento grupal y aristocrático. Esta insistencia en los nombres, y en el problema de los nombres, debe llevarnos a pensar que también el autor de la novela ha sentido este hecho como digno de reflexión. Y debemos suponer que en él este problema se da de modo conflictivo. Mientras en los tres personajes citados encontramos la natural aceptación de una realidad vivida con cierto orgullo y comodidad, en este último debemos pensar en algo no resuelto, insoluble (8). ¿Cómo interpretar esta constante referencia a ese hecho que, a primera vista, parece mostrado como una preocupación subalterna, inimportante? Si sólo en boca de Quique apareciera esta referencia, deberíamos interpretarla como una ironía del autor destinada a mostrar la tontería —la falta de importancia— de tal hecho. La risa provocada por las afirmaciones de Quique convertiría ese asunto apenas en un motivo de ironía: «véase cómo esta

(7) Es un pasaje del conocido poema de Borges, «La noche cíclica».

(8) Obsérvese esto: en diversos pasajes de la novela aparecen referencias a este aspecto positivo o negativo (socialmente) de los apellidos. Además de los ya citados: pp. 207-208, italianos «de antes» y «de ahora»; p. 225, «apellido italiano»; p. 231, apellidos ingleses y criollos; p. 540 «... Juan Galo de Lavalle, descendiente de Hernán Cortés y de Don Pelayo...». etcétera. La conclusión es que existe un problema, una conciencia preocupada por el asunto. Y esto es lo que queríamos señalar. Varios pasajes de su obra ensayística comentan este aspecto: «¿Quiénes podemos ser argentinos,» (defensa aguda y eficaz de la obra argentina de los italianos), ver E. S., *Páginas vivas* (Buenos Aires: Kapelusz, 1974), pp. 97-101. Joaquín Neyra, *Ernesto Sábato* (Buenos Aires, Ed. Culturales Argentinas, 1973), p. 132 y p. 149 (acusado de ser judío, nuestro autor señala los apellidos y jerarquías de sus ascendientes; en una entrevista en España, otra vez se hace referencia a apellidos y orígenes), etc.

clase en decadencia se preocupa por cosas que son secundarias...». Esto es lo que daría a entender nuestro novelista. Pero la reiteración del tema, la utilización del poema de Borges (usado aquí con evidente intención de argumento prestigioso), obligan a pensar que se trata de algo positivo, de algo sentido como importante por el autor. No es sólo la chistosa preocupación de un personaje de segundo orden. Es algo vivido y sentido por quien escribe como un conflicto íntimo, existencial y social. ¿Qué hay detrás de todo esto?

La primera respuesta es la de decir, simplemente, que Sábato quisiera pertenecer al grupo, y no forma parte del mismo. Nuestro escritor pertenece a la clase media de origen inmigratorio italiano. Como otros tantos millones de argentinos, este integrante de la burguesía profesional argentina está preocupado —*siente como una minusvalía*—, el hecho de no integrar esa clase. Y como otros tantos miembros de la misma, en lugar de afirmar su presencia a través de la posesión (o el ejercicio) del poder, defendiendo y viendo los valores de su clase como positivos, asume una actitud devaluadora frente a los valores del nivel social al que pertenece. Quiere, quisiera como tantos otros miles de su mismo nivel social, poseer y afirmar los valores de la clase que le ha retaceado y negado ese poder. *Y son esos valores los que finalmente se afirman a través de la novela.* Y esa afirmación se da, se manifiesta de dos maneras: a) ¿qué es lo devaluado, ya por medio de la ironía, ya por medio de la sátira, ya a través del sarcasmo y el titeo? (como hemos visto en el caso de Quique); b) ¿qué es lo fundamental de la obra, a nivel de personajes, de actitudes y de valores mostrados y afirmados...? Como veremos, lo devaluado a través de la sonrisa o la risa son los valores burgueses de la clase media. Lo afirmado son los valores —a través de los personajes principales, de las acciones y omisiones de esas acciones, de la visión pasatista y conservadora— de la clase patricia.

Ya hemos visto qué se ataca a través de las palabras de Quique. Su humorismo es siempre devaluador, una forma de agresión axiológica, destructora de valores.

El «Informe sobre ciegos» permite escuchar en la obra la voz y las ideas desafortunadas y vesánicas de ese personaje extraño y malvado llamado Fernando Vidal Olmos. Como el mismo Sábato declaró, se han puesto en boca de ese personaje ideas del autor (9). Y lo que

(9) A esta pregunta de un crítico: «¿Es Bruno personaje autobiográfico?», Sábato respondió: «He puesto en él, deliberadamente, algunas de mis ideas más conocidas, y eso ha hecho creer a muchos lectores que el personaje me representa. Pero observe que lo mismo hice con Fernando. Más aún: he puesto elementos míos en los cuatro personajes centrales...» (*Ensayos*, p. 479). Ya vimos que también en Quique se dan esas identidades; mostraremos otras en el mismo personaje.

llama la atención es la dirección de muchas de esas ideas, su sentido. Esas ideas aparecen a veces copiadas de modo textual; otras, están veladas por un aura de absurdo, humorismo negro y sarcasmo. Describiendo el barrio de Buenos Aires llamado la City, que es la zona de los bancos, cuando ha cesado la actividad diurna, escribe Fernando:

Pero también por la soledad sagrada que reina en esos lugares cuando el Dinero descansa. Una vez que los últimos empleados y gerentes se han retirado, cuando se ha terminado con esa tarea agotadora y descabellada... en que verdaderas multitudes depositan con infinitas precauciones pedazos de papel con propiedades mágicas que otras multitudes retiran de otras ventanillas con precauciones inversas. Proceso todo fantasmal y mágico pues, aunque ellos, los creyentes, se creen personas realistas y prácticas, aceptan ese papelucho sucio donde, con mucha atención, se puede descifrar una especie de promesa absurda, en virtud de la cual un señor que ni siquiera firma con su propia mano se compromete, en nombre del Estado, a dar no sé qué cosa al creyente a cambio del papelucho. Y lo curioso es que a este individuo le basta con la promesa, pues nadie, que yo sepa, jamás ha reclamado que se cumpla con el compromiso; y todavía más sorprendente, en lugar de esos papeles sucios se entrega generalmente otro papel más limpio pero todavía más alocado, donde otro señor promete que a cambio de ese papel se le entregará al creyente una cantidad de los mencionados papeluchos sucios: algo así como una locura al cuadrado. Y todo en representación de Algo que nadie ha visto jamás y que dicen yace depositado en Alguna Parte, sobre todo en los Estados Unidos, en grutas de acero. Y que toda esta historia es cosa de religión lo indican en primer término palabras como *créditos* o *fiduciario* (pp. 294-295).

A través de la locura lúcida de Fernando, Sábato reitera aquí ideas que ya habían aparecido en *Hombres y engranajes*, donde señalaba nuestro escritor que la abstracción renacentista llevará a la técnica, a las letras de cambio y a la ciencia: tres formas de dominar el mundo y la raíz de la deshumanización del hombre del siglo XX (10). En un apartado de ese libro, titulado «El universo abstracto», se lee:

... el imperio del hombre se multiplicó desde el momento en que comenzó a reemplazar las cachiporras por logaritmos, y los lingotes de oro por letras de cambio... Lo mismo con la economía: a medida que el capitalismo se desarrolla, sus instrumentos se hacen más pujantes, pero más abstractos...

[10] A. Prieto ha señalado que todas las ideas de este libro están tomadas de A. von Martín, *Sociología del Renacimiento* (no tengo esta obra a mano). Véase «Nota sobre Sábato», *Centro*, n. 4, Buenos Aires, diciembre de 1952, pp. 10-13.